

PRECIOS DE SUSCRICION.

EN MADRID.

Un mes. 4 rs.
Tres meses. 11

EN PROVINCIAS.

Tres meses, en la administracion. . . 14
Seis meses, en la misma. 26
Tres meses, por comisionado. . . . 15
Seis meses, por comisionado. . . . 28
ESTRANJERO: tres meses. 30
ULTRAMAR: seis meses. 3 pds.



FIGARO

PERIÓDICO CRÍTICO FESTIVO.

CONVERSACIONES MADRILEÑAS.

Dice el proverbio:

—Si quieres un día bueno, hazte la barba; si quieres un mes bueno, mata un puerco; si quieres un año bueno, cástate.

La primera parte de las tres que contiene este prólogo, incongruente como la mayor parte de los prólogos, es harto favorable á un barbero para que FIGARO no la proclame buena y verdadera.

Matar un puerco debe proporcionar satisfaccion no escasa á los aficionados á salchichas y solomillos; pero no doy con la razon por qué ese placer ha de durar un mes, y no dos ó una semana; al menos que el animal aborrecible á los judíos no figure en esta frase de una manera simbólica, entendiéndose significar con su muerte el término de una dieta forzosa y el principio de un periodo de hartura, en cuyo caso, tampoco comprendo por qué ha de durar un solo mes.

Casarse ya es otra cosa, y el espacio de un año en que el proverbio fija el *minimum* de felicidad de los recién casados concuerda, en general, con los datos suministrados por la esperiencia. Ha habido casos en que ha durado mucho menos, pero tambien los ha habido, aunque pocos, en que ha durado mas: de todos modos, un año parece un prudente término medio.

Dejando á los filósofos y á los casados la averiguacion de este punto, diré, por lo que me concierne, qué para un cronista de la vida cortesana, un casamiento ajeno equivale á una semana de dicha. ¡Qué asunto tan grato para las lectoras! ¡Qué interesante! Cuando el cronista tiene la suerte de dar con un tema por el estilo, no necesita arte, ni gracia, ni elegancia, ni oportunidad; por todo eso suplen la descripcion de las ceremonias, fiestas y solemnidades del casamiento y la enumeracion de las galas, joyas, preseas y regalos de los novios.

¡Júzguense de mi satisfaccion, cuando, en vez de un solo matrimonio, puedo hablar hoy de tres ó cuatro de los mas faustos y fastuosos que es dable mencionar.

Se ha casado, el heredero del trono de Italia, principe Humberto, con su prima la princesa Margarita de Saboya.

Se ha casado la infanta doña Maria Isabel Francisca, por algun tiempo princesa de Asturias y presunta heredera de la corona de España, con su tío el infante don Cayetano de Borbon.

Y, en fin, acaba de casarse en París el principe Aquiles Murat, tambien Alteza Real, con la princesa de Mingrelia: solo que éste se ha casado dos veces y en dos distintos parajes, aunque con una misma señora; la una, conforme al rito católico, en las Tullerías, y la otra, conforme al rito griego, en el templo ruso de aquella capital.

Dejando á parte, el último de estos enlaces, aquel en que ha habido mas aparato y menos dinero ha sido el

del principe italiano, y el en que ha habido mas dinero y menos aparato ha sido el de la infanta española. La esposa del principe Humberto era una de las princesas mas pobres de Europa; pero ha tenido infinitos regalos de todas las ciudades de Italia, hasta el punto de que, viendo la enumeracion de las alhajas, ricos trajes y hasta utensilios de tocador que figuran entre ellos, una ilustre dama ha preguntado:—¿Pero qué es entonces lo que tenia esa pobre princesa? De los regalos que han sido hechos á la infanta doña Isabel, aunque es de suponer que no sean pocos ni de corto valor, no hemos visto mencion; pero en cambio, en las capitulaciones matrimoniales se hizo constar que la infanta llevaba una dote de *treinta y seis millones* de reales, de los cuales veinte y seis próximamente en dinero y de la mano á la mano.

Es verdad que esta suma de millones puede considerarse como regalo de la novia, mas bien que como regalo á la novia; pero no es menos cierto que vale por muchos regalos.

Bien mirado, aunque los enlaces régios de que se ofrece hablar en esta semana son muchos, nada mas natural que esos enlaces. Si los principes no se casan, ¿quién se casará en estos tiempos de crisis financieras y de liquidacion de empresas de ferro-carriles? Además del interés de los pueblos en que se multipliquen y perpetúen las régias familias, interés tradicional si los hay, debe tenerse en cuenta que los principes, en su mayor parte, no se hallan comprendidos en la ley de Malthus acerca de la proporcion necesaria entre el aumento de la poblacion y el de las subsistencias. Quisiera yo saber qué individuo del mundo se acordaria de la ley de Malthus, si le ofrecieran en matrimonio una distinguida jóven de diez y seis años y medio, con mas de dos millones de dote por cada año, y otros adherentes no despreciables. Hé ahí un modo de resolver el problema de la poblacion, que todavia no se les habia ocurrido á los economistas. El banquete de la vida seria un verdadero banquete, en el que cada cual, en vez de hallar ocupado el puesto y verse precisado á sentarse debajo de la mesa, se hallaria muy á sus anchas y á su gusto, si cada soltero encontrara una proporcion por el estilo. El celibatismo habria entonces concluido, y las futuras suegras vivirían en envidiable calma.

Aunque he dicho que en el matrimonio de la infanta doña Isabel habia habido mas dinero que fausto, no se crea por eso que de este requisito ha carecido.

La corte española conserva las tradiciones, ceremonial y pompa de la casa de Austria, que ya han desaparecido ó han sido modificados en Austria misma. Es preciso venir á Madrid, en un día tan bello como el jueves de la pasada semana, para ver desfilar tal multitud de coches y ca rrozcas de maderas preciosas, concha y nácar; de caballos empenachados, con dorados arneses; el sin número de criados de todas clases: picadores, caballerizos, lacayos, postillones y correos, cubiertos de oro, brillantes por todas las costuras de sus trajes á la federica ó la napoleona.

Véanse en otras cortes caballos de mas precio, carrua-

SE SUSCRIBE:

En Madrid, en la administracion, Travesía de la Ballesta, núm. 7, y en las principales librerías.

En provincias, por medio de carta franca á la administracion, ó en las casas de los comisionados de FIGARO.

En el extranjero y Ultramar, en las principales librerías.

SE PUBLICA:

Los Martes y los Viérnes.

ADMINISTRACION Y REDACCION.

Calle de la Ballesta, núm. 6.

No se sirve suscripcion alguna cuyo importe no se reciba con el aviso en libranzas ó sellos. La correspondencia, al director de FIGARO.

ges de Binder mas ligeros y cómodos; mas *comfort* y mayor elegancia; pero el sello de lo antiguo, de lo tradicional, que tanto realiza á una corte, no se encuentra ya sino en el día de Jueves Santo ó cuando ocurre algun suceso como el que estos días Madrid ha celebrado. Entre el ceremonial y el fausto de la corte española y el de otras cortes de Europa, hay una diferencia parecida á la que existe entre la onza de oro, *folia in astroque* y el billete de banco: este puede valer tres ó cuatro veces mas que aquella, pero la onza siempre será mas hermosa, mas brillante y habrá quien dé, suponiendo que le sobre el dinero, veinte y mas duros en papel por contemplar el busto borbónico de Carlos III, en la pieza acuñada en Méjico, con el metal que *fortunat* tantos niega, como decia el pobre de dinero y rico en genio Camoens.

Ese mismo sello de lo antiguo y tradicional que caracteriza á la corte española cuando, en alguna gran solemnidad, se muestra en público, se advierte en el interior de la morada de nuestros reyes.

La magnífica escalera del palacio construido por Fernando VI y su sucesor, de la cual, con mayor motivo que de la del alcázar de Toledo, puede decir un soberano, á ejemplo de Carlos V, «que solo cuando la pisa conoce que es rey»; el salon de columnas, de altas bóvedas pintadas por Tiépolo y Giacchino, de bellas proporciones, verdadero salon régio, como se lo figura uno en sueños, ó como lo pintaron Filastre y Ferri en sus decoraciones; el del trono, con sus bustos antiguos de mármol y alabastro; las interminables salas, cuya decoracion no es del todo moderna, pero si magestuosa y rica; todo esto, visto en una noche de baile, como la del sábado, poblado de mujeres hermosas, magníficamente preñadas y ostentando preciosos aderezos, coronas, collares y brazaletes de brillantes y esmeraldas, compone uno de los espectáculos mas bellos que es posible contemplar.

Un ramo importante de la industria española, que solo en ocasiones parecidas brilla en todo su esplendor y mérito, y cuyo desarrollo es verdaderamente prodigioso, daba en la noche del sábado rica muestra de su prosperidad. No pasaban, en efecto, de dos docenas los *frac* negros, *modestos*, por supuesto, que se veían entre aquel oleage de uniformes militares y civiles, gentiles-hombres y funcionarios de Palacio, caballeros de las órdenes militares y de la de San Juan, maestrantes de Sevilla, Ronda y Granada, ministros, ex-ministros y jefes de administracion, secretarios de S. M., con ó sin ejercicio, etc., etc. Solo en tales casos se comprende la importancia que la sastrería y la pasamanería tienen en la sociedad contemporánea, y se estima en lo que vale, ó mejor, en lo que ahorra, la costumbre de la corte española de no proscribir el *frac* como las de otros países.

FIGARO no ha cursado en la escuela, muy bien regentada por otra parte, de Pedro Fernandez, y no puede ni quiere decir los nombres de las hermosas damas que poblaban el sábado los régios salones. Mas no callará que

la elegancia y esquisito gusto de la infanta, en cuyo honor el baile se celebraba, la magestad de su augusta madre, el porte asimismo magestoso, sereno y distinguido de la infanta duquesa de Montpensier, con esquisito gusto vestida, y adornado el pecho con un río de magníficos brillantes y perlas, atraían las miradas de todos los concurrentes. De otros detalles, del aspecto del salón de Columnas revestido y perfumado con el azahar que cubría sus paredes y adornado de macetas y plantas exóticas, de los rigodones que se bailaron y demás curiosos pormenores, se ocupará FIGARO en sus artículos titulados *Madrid al día*, si le quedan tiempo y lugar, ó podrán sus lectores hallarlos en los diarios políticos.

Las bodas y tornabodas
Duraron siete semanas.

¡Cuarenta y nueve días empleaban nuestros mayores en celebrar la boda de una infanta! ¿Tendrían hoy fuerzas las hermosas damas madrileñas para resistir todo ese periodo de banquetes, bailes y saraos? Creemos que sí; pero también que la economía doméstica y la pública han ganado mucho con que las siete semanas se reduzcan á una, aunque sea tan bien aprovechada como la que acaba de transcurrir.

SEÑALES DE LOS TIEMPOS.

«Il compilait, compilait.»

Jamás la prensa periódica madrileña se ha mostrado tan apasionada por la anécdota, el chiste, el chascarrillo, los cuentos y las fabulillas como en el día. Cada periódico político es un «Gil Blas», un «Cascabel»; y el pobre FIGARO necesita esforzarse mucho para poder competir con tan asiduos y activos rivales.

No es, sin embargo, un sentimiento de rivalidad, ageno á nuestro carácter, el que nos pone hoy la pluma en la mano para retratar esa manía de compilación, ese sincretismo de que adolece la prensa madrileña. Es que, periodistas nosotros, y muy antiguos, profesamos gran amor á la prensa, y quisiéramos verla al nivel de su importancia.

Haremos, antes de comenzar, una salvedad. No nos referimos á la parte editorial de nuestros colegas, ya tengan la fortuna de poder corresponder á su título de diarios políticos, ya la dediquen á tratar de asuntos de intereses materiales ó morales. Encuéntrase en esta sección siempre algo bueno, espuesto con frecuencia con mucho ingenio y claridad, y á veces cosas verdaderamente notables.

Pero no es menos cierto que, á favor de los tiempos y de las cosas que los tiempos traen consigo, las plantas parásitas se van apoderando del árbol de la prensa, y que conviene practicar una poda, si se ha de evitar que del todo absorban su savia.

Por plantas parásitas entendemos una porción de cosas.

En primer lugar, la facilidad extraña de reproducir unos periódicos los artículos de otros. En estos días háse hablado de la aparición de un gran diario de anuncios, nada menos que del tamaño de «Las Novedades», el cual, á manera de variedades, reproducirá en su primera plana los artículos mas notables de la prensa madrileña. Sería

un verdadero escándalo; pero no tendría nada de nuevo, porque ese periódico no haría mas que lo que hacen los otros; con la diferencia de que, en cambio de las producciones que tomase, no ofrecería sino anuncios de aceite de bellotas ó revalenta arábica, que los interesados celebrarían que se les insertasen gratis.

Tras de la costumbre de la reproducción viene la de la traducción. En esta parte estamos viendo verdaderos prodigios. En el mismo día que llegan á Madrid los diarios ó las revistas francesas, aparecen en nuestros colegas, no ya la noticia, que eso es muy natural y necesario, sino el extracto de una revista científica, de un artículo anecdótico ó biográfico. Mas no contentos los diarios políticos con esa rapidez de traducción, acuden á las fuentes y tienen correspondientes en París, que saquean literalmente la prensa francesa, haciendo de los *petits journaux*, de las revistas discursos científicos y de las publicaciones especiales un *potpourri* mas ó menos divertido ó interesante, que sirven á los lectores españoles como guiso original y de primera mano.

Sábase por ellos y sin ellos en Madrid cuándo y cómo en París se baila, se come, se divierte y se instruye la gente; un diluvio de hechos y dichos, en el que flota, *rari nantes in gurgite vasto*, tal ó cual idea.

Tras del escuadrón cerrado de los correspondientes *dilettanti*, que no cazan las noticias si no cuando las ven publicadas por los periódicos, y que no hacen sino enjaretarlas en un alambre, como el pedante retratado en *Gil Blas* enjaretaba los textos de autores griegos y latinos, y que, como él, nos dan á veces noticias tan nuevas é instructivas como la de que en Esparta lloraban los niños cuando los azotaban, viene el escuadrón, todavía mas numeroso, de los cronistas encargados de la parte amena ó gacetilla del periódico. Hay entre ellos no pocos de singular chispa y donaire, que serían capaces de inventar anécdotas, chistes y dichos muy oportunos si las exigencias de la sección que les está encomendada no fueran tantas y tan apremiantes; pero ¿cómo inventar, cuando hay que llenar tres ó cuatro columnas del periódico con ese material dedicado á las lectoras?

El cronista pone, pues, á contribución las florestas, *anas* y colecciones que abundan en las librerías de viejo; usa, sin el menor escrúpulo, del *Mundo riendo* y el *mundo llorando*, recopilación modelo de chistes hecha por Roberto Robert; de las *Mil y una barbaridades*, de Don Hilario Pipiritaña; de la Enciclopedia; de la Menagiana; de las *Crónicas del Oeil de boeuf* y de todos los *anas* conocidos y por conocer. Mas como nada basta para saciar el hambre de ese monstruo voraz que se llama *un diario*, el cronista se ve obligado á tomar á los colegas de provincias la anécdota, cuento ó chiste que éstos le tomaron á él hace quince días ó un mes; y cuando no, á capitular con el versificador principiante que ha fabricado una fabulilla macarrónica ó un epigrama poco limpio.

Resulta de todo esto, que nunca hemos visto una prensa mas divertida ni mas triste. No lo primero, porque ¿qué puede pedirse á un periódico que dedica una gran parte de sus columnas á hacer reír á sus lectoras y á adornar la memoria del niño ó niños de la casa con multitud de frases de hombres célebres, cuentos de gitanos, escentricidades de ingleses, sucesos parisienses y versos picantes ó ramplones? No lo último, porque se comprende que, si la prensa periódica política hace esfuerzos desesperados para retener al lector, distrayéndole y apoderándose del ánimo de su señora, de su suegra y hasta de la cocinera de la casa, consiste en que no tiene ideas qué ofrecerle, ardor con qué cautivarle pasión no-

ble y elevada que comunicarle. Por qué no tiene todo esto, ó lo tiene en exiguas dosis no está en nuestra mano decirlo, ni hay tampoco necesidad de espesarlo.

Con todo, reconociendo, como es justo, que de esa manía de compilación, traducción, plagio y anécdota que se ha apoderado de la prensa madrileña no es ella del todo responsable, y llamando la atención de los personas reflexivas acerca de ese signo de los tiempos, creemos que está en su mano poner algun remedio al abuso, dando mas lugar á los trabajos originales, aunque el diario pierda en amenidad para las lectoras lo que en autoridad gane.

Se nos dirá que lo que la prensa necesita no son consejos. Convenimos en ello; pero tampoco nosotros tenemos otra cosa que dar: y un consejo, cuando es bueno, nunca viene mal, porque puede ser útil mañana, ya que hoy no sea aprovechable.

BOLSA

¡Malo! ¡malo! ¡malo!
Juzguen ustedes:

El accionista va cambiando de carácter, á tal punto que, no contento con inventar la infernal máquina de los *comités de resistencia*, ha dado en la flor de exigir á los administradores de empresas y sociedades la *responsabilidad*.

Resistencia, responsabilidad: ¿comprenden ustedes que con estos dos elementos pueda lanzarse al mercado ningún negocio, aunque sea de conversión de valores efectivos en créditos mas que dudosos? ¿comprenden ustedes que, sin la confianza omnimoda, ciega, sorda y muda del accionista en el administrador, pueda éste dirigir la nave al puerto seguro de los dividendos activos?

Si se tratara de la resistencia de los directores y administradores á las pretensiones absurdas de algunos accionistas ó imponentes, que se atreven á censurar sus operaciones y á pedir su revisión, ó á las del público que, por medio de la prensa, se entromete á averiguar lo que no le importa! Nada sería tan saludable. Por eso aplaudo la resolución de una compañía mítica que ha demandado de injuria y calumnia al «Amigo del Clero» por haber hablado, con el debido respeto y sin aludir á personas, de un préstamo de quince millones de reales hecho por los administradores de esa compañía á un ferro-carril que no se ha construido, y de otro préstamo de tres millones sobre créditos de una casa después de la quiebra de la misma. Esa *resistencia* es sana y salvadora, porque sirve para contener la manía del libre examen del fondo del bolsillo, de la censura apasionada y del prurito de investigación; elementos revolucionarios si los hay.

Pero no, señores; no es de esa resistencia de la que se trata, sino de la que oponen los accionistas á aceptar las resoluciones de las Juntas generales propuestas por los directores y administradores; de la conspiración criminal á que se entregan, citándose, reuniéndose, poniéndose de acuerdo y formando comités para defender lo que llaman sus *derechos* contra los actos de los primeros.

Y, al fin, la *resistencia*, á pesar de su carácter revolucionario, podía pasar, porque contra la actitud subversiva de unos pocos es dable oponer la de la masa de los accionistas, aun no contaminados del *virus* del libre examen y de la autonomía individual. Es verdad que las víctimas de ese espíritu de resistencia van siendo numerosas; que al impulso de la piqueta revolucionaria han caído, hechos ruinas, edificios de cartón-piedra que parecían desafiar el poder de los siglos, como el *Banco de Economías* y la *Indemnizadora* y la *Previsora*, que estos días figuran lamentablemente en la sección judicial de la *Gaceta*; pero el tal elemento subversivo es tortas y pan pintado si se le compara con esa otra máquina demolidora, que dibuja su siniestra silueta en el horizonte, y que se llama *responsabilidad*.

A decir verdad, ese principio funesto no se ha

mas de los días en la casa de Diego, á tal punto que yo no sé si la corcobada en mas hubiera tenido los pasados devaneos y verdaderos de su velado que el enterramiento de ahora. Pero como el espíritu inquieto y deshonesto siempre está arañando lo asechanzas á la voluntad, no fué bien pasado melio año de que Diego vivía de su propio trabajo y en la abstinencia del deleite á que de tal manera le hubieron aficionado los consejos de maese Estéban, que ya ardía en deseos de tornar á la pasada vida y dejar la forzada honradez á que le tenía sujeto la pobreza. Faltábanle oraciones, que no las tiene el que se ve sin dinero y ha perdido lo mejor de su gentileza y gallardía; pero en cambio estaba en todas aquellas que su imaginación fingía con el deseo y aun con la esperanza; no pecaba de obra, que esto no podía, mas sí de pensamiento, y pagábalo Blasa en malos tratos y aun en golpes á veces.

Quiso el diablo, siempre solícito de la perdición de las almas, que Antonica, la hija de maese Agustín Estéban y la comedianta, se enamorase perdidamente de Diego, que no á menos la obligaba el continuado loor que del mismo hacia su padre della en los tiempos en que el marido de la corcobada tenía aun que perder algunos dineros. La moza era tal y tan amante de Diego, que no bastó el requebrarla señores de calidad, ni el ofrecerle galas de parte de los mas ricos caballeros de la corte, ni el cercarla con sus salaridas importunidades las mas famosas y diestras Celestinas de la villa; habíala cogido la hora de todos, y nadie fué poder á apartarla de aquella que su madre decía ser mayor la demencia en que cayó mujer honrada alguna; que no de otra manera entendía la honra la que en la farsa *Trapacera* vendía á su ama, y hubiese vendido, fuera de la farsa, á su misma hija, según que con propiedad lo representaba.

Cuando se halló Diego solo y desamparado de todos los

En fin, que maese Estéban y el marido de Blasa acompañaron á Antonica y su madre hasta la calle del Leon, donde tenían su casa, al lugar que despues se llamó el *mentidero de los representantes*; que entraron á merendar con ellas, y que de entonces nació entre la gallarda hija de maese Estéban y Diego una afición grandísima, que á no haber estado todos perdidos, habria sido la perdición de todos.

VIII.

Nunca el árbol que torcido crece se endereza, ni el caminante que pierde la segura vereda torna á ella con facilidad, ni el vicioso abandona por mucho tiempo la mala vida; porque el error tiene engaños y lisonjas que halagan el ánimo, y la verdad es dura y áspera. El marido de la jibosa, tejiendo paños en la casa que fué de su padre, echaba menos los días de su libertad, las horas de su alegría y el vino y las mujeres que habíale sido pasatiempo y gusto en los mejores instantes de su vida. Tenía á sus ojos por el día la severidad y la codicia del amo, en cuyos telares se afanaba por alcanzar unos pobres reales en cada semana; por la noche, el gesto árido y creciente fealdad de su mujer, y á todas las horas la desnudez y la hambre, que con la costumbre de holgar y la mala gana, Diego hacia mucha menos obra que los otros menestrales, y menor era por lo tanto la soldada, con que la miseria paseaba su faz sucia y su desabrimiento por el mezuquino aposento de Blasca.

Obligado cortejo de la pobreza es en la casa el contendere eterno, el reñir continuo y el sobresalto perpetuo y como oficio de por vida. Amanece el día con celos, se almuerzan pesadumbres, al medio día se sirve la amarga salsa de la queja en el plato receloso del cuidado, y no es mucho si por la noche no se toma el lecho despues de una gentil ensalada de garrote. Esto pasaba todos los

FOLLETIN.

CUENTOS DE VIEJAS,

FEDERCO VILLALVA.

MAL DE OJO.

VII.

—Que aquí estais, dijo, marido mio, el primero espejo y mas querido de mis ojos, vaneador de mi fortaleza, domeñador de mi voluntad y de mi soberbia! Que á la fin sois venido á buscar esta vuestra esclava y mujer, y á vuestra inocente hija, que aquí está y yo he criado para vuestro regalo. Vení acá, Antonica, hija mía; ves aquí á tu padre, de quien tanto bien te tengo dicho y á quien tú tanto deseabas conocer y regalar: abrázale, Antonica, y vea tu padre cómo eres gentil y hermosa, y cómo honras tu casta, qué es la suya y la mía.

Y á este punto asido había de la muchacha, y todos tres en un rincón de la calle trocaban abrazos y caricias como de marido á mujer y de padres á hija. En el entre tanto, Diego, mas prendado que enantes de Antonica, regocijábale con saber quiénes eran las dos comediantas, por lo que á su nueva inclinación conviniera en adelante.

